

EL ATLANTE.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre
donde las leyes mandan y los hombres obedecen*

La invencion de la Santa †

DE LA ELOCUCION PARLAMENTARIA.

Los improvisadores suelen lucirse en el exordio porque saben por dónde han de empezar, mas no como han de concluir. Déjanse llevar del hilo de su oracion visitando de paso bosques y valles, ciudades y montañas, pero no saben cuando han de echar el ancla en la orilla para saltar en tierra. Amontonan peroracion sobre peroracion, y nunca encajan menos de tres ó cuatro; pero hablando oratoriamente, ¿cual de estos fines es el fin? Detiéndose temerosos de caer á cada escalon de la tribuna, y por lo comun se les resbala el pie en el último que bajan.

Estos suelen ver estropeadas sus producciones por el taquígrafo. Cuando las hincha el viento de la improvisacion semejan sus discursos á una pelota de viento, lisa, sonora que vota al caer y vuelve á elevarse, ó una bomba de jabon que refleja los rayos y colores del sol; pero cuando se sale el viento, queda, cuando mas, un pellejo vacio que se arroja á un rincon aplastado y lleno de arrugas.

Los lectores son gente que se toma tiempo; tosen, gargajan, escupen, estornudan, colocan las gafas sobre la tribuna, y limpian los vidrios con un pico del pañuelo. Usan tambien de stratagemas, como apretar las hojas del manuscrito para hacerse chiquititos y dejar creer que no tienen mas que aquello. ¡Traidores! cuantas mas hojas pasan mas parece que quedan; y viene á ser su cuaderno como un reloj parado cuyas manecillas señalan siempre la misma hora.

Suelen los lectores ponerse el papel junto á la boca, y la voz rechazada del papel, apenas llega á los oyentes. Si un lector no tiene la voz muy estensa, es completamente ininteligible si es andaluz habla con la garganta; si es gallego entona los guturales, con la nariz y si es

catalan taladran el timpano sus sonidos. Si es difuso cansa; si es conciso fatiga al que quiere seguirlo. Cierta negligencia sienta bien en la tribuna, por que no hay cosa mas ridicula que un orador muy pulido, cepilladito y endomingado; ¿Que efectos producen las fuertes exclamaciones de la elocucion escritas en el un dia antes! Los pasajes apasionados de cólera ó de ternura señalados precisamente en la quinta palabra del tercer renglon de la segunda cuartilla! ¿que facil es esto y sobre todo que natural!

Por ultimo, cuando el lector produce suel e decir el que ha de escuchar: muy bueno debe ser esto, ¿pero quien me manda á mi estar aqui atado para oirlo? Mañana lo leeré en el Diario de la sesion.

El recitador no mira á nadie temeroso de equivocarse: retirase y se mete en si mismo, alójase en las casillas de su cerebro, en donde se hallan encerradas de antemano las frases, bien distribuidas y rotuladas: desde allí va llamando y volviendo á llamar, y las da á luz una despues de otra.

Es comun que el que recita, esfuerce y precipite su discurso, como si temiese que se salgan y desordenen las ensartadas cuentas de su rosario. Mas por el contrario, hay otros que se detienen como si se equivocasen, para hacer creer que buscan las palabras, y que las paren con dificultad aunque realmente vinieron al mundo ocho dias antes. Pero el trabajo de los periodos, la eleccion de los giros, el estilo perfecto y toda la trama del discurso contrarian y descubren á su pesar aquellos esfuerzos laboriosos de la memoria.

No hay que decir á uno que recita: *que se le cae á V. el pañuelo*, porque al volverse se le podria romper el hilo de la oracion y no a-nudarlo. Los nerviosos de la asamblea estan siempre temblando que el recitador se pierda en lo mas bello de su jornada, y esto los tiene incó-

modos por simpatía. El taquígrafo con la pluma suspensa en la tribuna no sabe si debe aguardar un manuscrito ó correr tras el orador,

El que recita suele tener la vista torba, el cuello tieso, y la gesticulacion falsa ó equivocada. Jamas siente en su interior aquel Dios de la pitonisia que agita y oprime; porque tiene la elocucion que recuerda, no la elocucion que inventa. Es el hombre del dia antes, cuando el orador debe ser hombre del momento; es orador artificial, no el hombre de la naturaleza; es un cómico que no quiere parecerlo, y que se sirve á sí mismo de apuntador; finge la verdad, representa el enfado y la ternura, engaña al público, a la asamblea, al taquígrafo; y se hace ilusion á sí mismo.

En el círculo vasto y diverso de un auditorio parlamentario, hay profesiones mas especialmente dispuestas al arte oratorio, y hay oradores á quienes distinguen calidades particulares y dominantes. Hablemos primero de las profesiones pre-dispuestas.

No me parece que me podrán reconvenir de escitar clases contra clases si digo que las lenguas que vivran mas fácil y frecuentemente en un congreso, son las de los abogados, catedraticos y militares.

Los abogados hablan para quien lo pide, lo que se les pide y sobre lo que se les pide: tienen siempre estirado el nervio del oido, y si se les interrumpe, lejos de embarazarse se les da el gusto de poder replicar. La costumbre de defender alternativamente el pro y el contra la verdad y la mentira les pervierte el juicio. Despues de batirse cuerpo á cuerpo con un ministro, de derribarlo, pegarle, y pisotearlo; si pasan por delante del banco de este hombre abatido por tan rudo ataque, vuelven la cabeza con aire risueño, le alargan la mano y parecen los mejores amigos del mundo. Este modo de obrar admira mucho á los forasteros de la galería públi-

ca, que suelen preguntar al que tienen al lado como puede aquel hombre levantar con tan buena gracia al ministro que ha arrastrado por el lodo; y y sino es aquello representar una comedia.

Los grandes oradores semejantes al águila que se eleva sobre el aire, se sostienen en la alta region de los principios, pero los abogados vulgares vuelan rastreros como las golondrinas; dan mil giros, pasan y vuelven á pasar por delante, y le aturden á uno con el ruido de las alas.

Entusiasmados de lengua y frios de corazón son tercos, quisquillosos, grandes pronunciadotes de palabras, y enemigos de la lógica, porque la lógica, derecha al objeto, y el negocio de ellos suele ser no llegar pronto.

Los catedráticos se apoderan de la palabra mas bien que la piden, y regentan la esamblea como si fuese una clase de estudiantes: son por lo comun vanos, sutiles, imperiosos, dogmáticos, buenos habladores y llenos de si mismos: se cuidan poco de que los contesten ó los rebatan ocupados exclusivamente en lo que dicen, porque no tratan de convencer sino de mandar; no persuaden lo cierto sino lo preceptúan: tienen la inflexibilidad del método y del despotismo de los axiomas; mas como los eligen diputados por su fama tienen generalmente un talento superior, sabiduría, profundidad, ingenio y á veces golpes de bueno y de mal humor.

Los militares se acercan á la tribuna con altivez, impaciencia y ardor marcial como si se acercasen á una batería; llevan la cabeza erguida, el continente de mando, y miran á la gente cara á cara. Se los teme menos porque si alguna vez pueden engañarse, por lo comun no intentan engañar á los otros. Perdónanse á los oradores militares las faltas de gramática, la vehemencia brusca de las reconvenciones, el abuso de las figuras retóricas y el orden de sus discursos. Pueden pues aplicarse en el lenguaje que les acomode, correcto ó tribal, numeroso ó cortado, sin que se les llame al orden. Yo he visto al general Foy manotear y pegar patadas, golpear la tribuna, colgarse de ella, y salir bruscamente como un energúmeno: la espuma y la cólera le salían por la boca y sin embargo se le dejaba hablar. A un catedrático se le hubiera impuesto silencio. Por lo que á mí toca prefiero

estos militares brúscos, y si se quiere groseros, que desembainan el sable y se le vienen á uno derechos, á los otros retóricos dulcisonos que le asesinan á uno pinchándole con un alfiler.

Tambien he dicho que era necesario atender á las cualidades principales que predominan en el orador segun su temperamento, su genio y sus hábitos, porque la imaginación, la lógica, la elocuencia y la malicia tienen estremos que es menester evitar.

Orador hay que brilla en la exposicion de los hechos por la claridad y orden con que los presenta deduciendo lo útil y apartando los incidentes inoportunos, el cual se cansa ó se perturba cuando es necesario raciocinar. Y otro que entrando con trabajo en el discurso se apodera despues con energía del objeto y de la atención del auditorio, cuando empieza á animarse, y cuando sus ideas se estienden, se descomponen, se clasifican y se encadenan. Otro pierde el hilo sin poder volverlo á encontrar, y por mas que vuelve la cabeza y los brazos se aturde, se oprime, pierde enteramente el tino y desaparece de la tribuna.

Los imaginativos deslumbran con la riqueza de sus metáforas, pero el abuso de las figuras solo llena el oido de tropos que se chocan y decadencias descabadas. El estilo parlamentario no debe cargarse de gordura para que sobresalgan los músculos y los nervios como en un cuerpo sano y vigoroso. El estilo florido es de relumbrones. Los imaginativos son muy propensos á la amplificación.

(Se continuará.)

EPISODIOS DE LA REVOLUCION FRANCESA.

IV.

Relevados que fuimos, nos retiramos juntos el escribiente de que he hablado, Devaux y yo; el segundo se hallaba colérico, por las espresiones ultrajantes que acababa de oír, y apenas podíamos calmarlo. Los tres comimos juntos, y concluida la comida, Devaux y yo habíamos estrechado nuestras relaciones, como si fuéramos antiguos amigos; tan cierto es que cuando dos corazones se hallan conformes en sentimientos, pronto se aproximan el uno al otro.

Al dia siguiente mis dos amigos

vinieron á buscarme, y me participaron que durante la noche, la puerta del temple que Sautere mandó cerrar, habia sido tabicada; y la municipalidad impuesto la pena de arresto á toda la familia que viviese en la casa desde donde se asomase una sola persona á ver pasear al Rey. Esta medida parecia consternar á Devaux.

Entre tanto las secciones de Paris los federados de los departamentos, y las sociedades populares, prescribían reiteradamente á la convencion que se ocupara del proceso del tirano; y la convencion resuelta en fin á obedecer, lo habia llamado á la barra, el 11 de Diciembre. Desde este dia, Paris, que despues de Setiembre, habia permanecido con alguna calma, tomó un aspecto alarmante. A la caída de la tarde todos se apresuraban, á encerrarse en sus casas; las tiendas, de la calle y cuartel de Saint Honoré, se cerraron con precipitacion y las calles quedaron abandonadas á los vencedores del 10 de Agosto y á los trabajadores de Setiembre, que las hacían resonar con sus cánticos acostumbrados de la Marsellesa y Caramañola, injuriando é iriando al corto número de personas que encontraban lanzando gritos de muerte contra *Veto*, y rodando con horrible estrepito los cañones, por el pavimento que hacían retemblar. Estas procesiones duraban ordinariamente hasta la una de la madrugada hasta cuya hora, permanecían abiertas las casas de restauración y tabernas; pues hubiera sido para sus dueños muy peligroso el cerrarlas á causa de los frecuentes altop que hacían en ellas, aquellas ordas de hombres fieras casi siempre en un estado de embriaguez que los hacía mas feroces.

Hubo un momento en los primeros dias de Enero, en que pareció haber olvidado la convencion nacional, el proceso de Luis XVI, bien pronto se le recordó. Nada dire de los largos y tumultuosos debates á que dió lugar; pues se leen en mil obras distintas; haré solo ver como en la *tabernilla convencional*, se conducían los Diputados *energicos*, para obtener los votos *libres* de sus cólegas *reaccionarios*.

La sesion en que fue agitada la cuestion sobre la pena que debia imponerse á Luis XVI, empezada el 16 de Enero, duró cerca de 36 horas sin interrupcion. Durante este tiempo, las salas de la *Tabernilla*, no dejaron de hallarse llenas un so

lo momento; diputados espectadores de las tribunas, y gente de fuera discurrían mezclados por las salas; observándose sin embargo mas ansiedad que agitacion. Hacia las 10 de la noche dejé mi puesto en las tribunas reservadas, para dirigirme á la *tabernilla* á tomar algun alimento. Mientras la votacion nominal continuaba en la sala de sesiones, se veían entrar unos diputados tras de otros, que se colocaban en donde podían para escribir sus votos, y hubo alguno que no teniendo donde hacerlo se puso en el mismo mostrador, del restaurador. Se veía á algunos meditar un instante trazar varias líneas, borrar, poner otras, y aterrados por los gritos de muerte que resonaban al rededor, dejar caer al fin la palabra fatal que un momento antes se hallaba lejos de su pensamiento. Como si no hubieran sido suficientes las amenazas de aquellos hombres sangrientos que llenaban las avenidas de la sala, los miembros de la convencion agregaban las suyas. Albitte y Duhem, recorrían las mesas, y examinando con insolencia lo que escribían sus cólegas, les imponían el voto que habían de dar.

Entre todos sobresalía un enorme coloso, llamado Bellegarde, diputado de la Charente, uno de los mas fogosos de magos de la convencion; el cual produjo solo mas votos, que todos los otros juntos; alguna vez se conluzo á la mas estramada violencia; yo le vi coger con su mano de hierro la de algunos diputados, y conducir la sobre el papel para escribir el voto. Uno solo, mientras yo permanecí allí, tubo valor para resistirle, declarando fieramente á Bellegarde, que sus amenazas no le intimidaban, y votaría la detencion. Ya en otra ocasion que se le amenazó diciendole, *ó su muerte ó la tura*, contestó *ni lo uno ni lo otro*. ¡Honor al digno Marques de Ville-
tel! ¡Si otros hubieran mostrado un valor igual!...

Los legisladores habían ordenado; los verdugos iban á obedecer. El lunes 21 de Enero, á las cinco de la madrugada, le generala despierta á todos los habitantes de Paris; al oír la me levanto apresuradamente, y corro á la plaza de las Picas, donde debía reunirse mi batallón. La funcion era horrible sin duda, pero imposible evitarla. Se

había dado la orden para formar dos listas, una de los presentes y otra de los ausentes, y que estos últimos serian considerados como conspiradores; los padres eran responsables de la conducta de los hijos; á todos los que no formaban parte de la guardia nacional, se les había prohibido presentarse en las calles, y á toda clase de personas en las ventanas del tránsito, bajo la misma pena de ser declarados como conspiradores, es decir bajo la pena de *muerte*. Igualmente fué prohibido á las mugeres salir á los mercados, conminadas con igual pena de ser reputadas conspiradoras.

A las 6, despues de habernos prevenido el Comandante del Batallón, que se nos ordenaba bajo las mas severas penas, guardar un profundo silencio, y una inmovilidad absoluta, desle el momento que apareciese la escolta; nos pusimos en marcha. Cerca de las 7, llegamos á nuestro puesto que era las inmediaciones de la Puerta Saint-Denis. De distancia en distancia se hallaban establecidos fuertes destacamentos del ejército, que estaba acantonado en las inmediaciones de Paris, para moverse segun lo exigiesen los sucesos; y las bocascallas estaban guardadas por piezas de artillería situadas en ellas. Por esta multitud de precauciones se vé que la municipalidad de Paris, temía algun movimiento, y en efecto sus temores no eran del todo quiméricos.

A las 9 distinguimos la cabeza de la escolta, compuesta de gruesos destacamentos de caballería é infantería, precedidos de algunos cañones; en seguida caminaba el coche en que era conducido el rey, y cerraban la marcha otros destacamentos. Delante de los caballos del coche marchaban, varias bandas de tambores, colocados sin duda allí, para confundir en su caso, los gritos de los que intentaren salvar al rey.

Asi que la escolta llegó á la inmediacion de Saint-Denis, precisamente en el punto en que yo me hallaba, hubo en ella cierto movimiento que terminó por hacerse alto. ¡Sabíase que era aquel el punto en que debía romper el movimiento temido?, es de creer asi. y en e-

fecto en aquel mismo instante y á cien pasos de nosotros, vemos romper las filas, y aparecer cinco ó seis jóvenes, con el sable en la mano gritando con la mayor energia *¡á nosotros los que quieren salvar al rey!* No hubo persona que se moviese, y estos intrépidos jóvenes, viendo que su generoso esfuerzo no era secundado por los demas que formaban parte del grupo de donde salieron, y apercibiendo demasiado tarde, por la actitud de la guardia nacional, que no había que contar con ella, atraviesan la calle para huir, pero uno de los destacamentos movibles, se arroja sobre ellos y los acuchillan sin piedad; hecho esto, la escolta sigue tranquilamente su camino, á las 10 llega á la plaza de la Revolucion; cinco minutos despues, *el hijo de S. Luis había subido al Cielo*.

SOBRE LOS GOBIERNOS REPRESENTATIVOS.

Antes de tratar sobre las constituciones ó gobiernos representativos ahora existentes en Europa y América, consideremos el origen y forma de los gobiernos, simplificando un asunto tan complejo, como es el mecanismo de conducir los negocios públicos de una nacion á favor de toda la comunidad. Aristóteles redujo todos los sistemas de gobierno á sus formas elementarias de *Democracia*, en la que todo el cuerpo del puerpo del pueblo es soberano y súbdito al mismo tiempo en *Aristocracia*, en la que el mayor número está sujeto al menor; y en *Despotismo*, en el que la voluntad de uno es la sola ley, la que necesariamente ha de fluctuar, y moverse de un punto á otro segun el capricho del déspota ó la inspiracion de los que le rodean.

El elocuente filósofo Montesquieu, hizo otra division algo diferente de la del filósofo Estagirita, distinguiendo las formas de gobierno en Republicano, Monárquico y Despótico. Bajo el primero comprende el gobierno democrático y aristocrático de los antiguos; y distingue el monárquico del despótico en que el primero está reprimido con mayor ó menor efecto por reglas establecidas por una voluntad soberana, de lo que carece este último. Nosotros no podemos imaginar por que reduce aquel escritor Frances

los gobiernos democrático y aristocrático á una misma clase, habiendo infinitamente mas diferencia entre los dos que entre el aristocrático y el monárquico, y aun el despótico, como ha sucedido en el de Venecia y otros, por lo que nos parece deben considerarse como cuatro formas distintas de gobierno; y Montesquien mismo atribuye á cada uno de estos cuatro sistemas un principio preservador:—*virtud pública* en el popular, *moderacion* en el aristocrático, *honor* en el monárquico, *temor* en el despótico. Es ciertamente faeil á un escritor elegante el divertir su imaginacion con una clasificacion de ideas nuevas, y presentarlas á sus lectores de un modo encantador; pero no lo es así el probar la justicia y exactitud de la aplicacion de las tales virtudes. Las republicas han estado tan privadas de virtud pública, que en muchas de las antiguas, y en una moderna de nuestros tiempos se hacian votos al cielo por el gobierno de un solo jefe, aun que fuese un demonio, como preferible al de las asambleas; la moderacion ha estado tan ausente de las aristocracias, como en Venecia, que la tiranía era la sola ley, y el temor el único principio preservante; monarquías ha habido, y aun hay, tan destituidas de verdadero honor, que el soberano es tenido en poco, y la nobleza despreciada; y en muchos países despóticos el freno del déspota es comumente el miedo que tiene de sus guardias, de sus generales y de sus gobernadores. Es pues una fantasía atribuir virtudes á las formas de los gobiernos, en lugar de asignarlas al cuerpo de la nacion, como producidas por la informacion, localidad, riqueza y otras circunstancias ventajosas.

Cualquiera que sean las teorías de los escritores políticos, es preciso confesar que hay un mobil oculto en la mente humana que inclina al hombre al gobierno monárquico; esto es, que las repúblicas, despues de un cierto periodo, vienen á inclinarse á la monarquía; esto ha sucedido con las anteriores á nuestros tiempos; y qué sucederá á aquella república moderna y agigantada que va creciendo cada dia, el tiempo solo podrá mostrar, estando ahora fuera de conjetura. Es este principio, que llamaremos innato, al gobierno monárquico, el que ha llevado á algunos escritores á probar que el principio de la monarquía está fundado en derecho

divino, absurdidad tan palpable que solo la mas servil adulacion, la mas estúpida vanidad de los satélites del trono, llamados nobles pudieran desconocer. Estos sicofantes alegan muchos textos de las Santas Escrituras para probar la legitimidad de los monarcas modernos en una institucion divina desde el sexto dia de la creacion del mundo; pero aunque se les conceda las premisas á todos sus argumentos bíblicos, se hallarán paralizados en sus consecuencias, por que si Adan fue nombrado rey del universo por Dios, no se espresa en parte alguna que su hijo primogénito le habia de suceder en la dignidad; concédaseles aun esta consecuencia, ¿qué patriarca antediluviano era el legitimo suceso de aquel primer rey? Supongamos que fuera Noe, ¿cómo se ha perpetuado su dinastía hasta los reyes modernos? Ultimamente, aun concediendoles esta estravagancia, la verdadera consecuencia sería que no hay en todo el mundo mas de un solo monarca legitimo de *jure divino*, y que todos los demas son usurpadores contra los que todo buen cristiano y zeloso mahometano debe sacar su espada, y no volverla á la vaina hasta haber purgado todo el globo y dejado en pacífica posesion al legitimo heredero de Adan como el único constituido por Dios.

Pero dejandonos de estas absurdidades, para circunscribirnos al reducido límite de un artículo, sentemos pues que la legitimidad de los gobiernos no tiene mas fundamento que el *consentimiento del pueblo*; ni basa mejor para su estabilidad que la *representacion del pueblo*, la única que tiene facultad para suplir con medios al tesoro público, y autoridad para pedir cuentas de su inversion. La diferencia pues está en la mayor ó mejor equidad de aquel consentimiento, y en la mas ó menos acertada formacion de esta representacion. La primera parte es agena de nuestro objeto, y á la verdad el único interes de nuestro lectores, es ver y comparar la composicion, las facultades, y privilegios de los individuos que componen los parlamentos, las cámaras, las cortes, los congresos, &c. y observar los trámites que estas diferentes asambleas, siguen en sus deliberaciones. Principiemos por Inglaterra. (Se Continuará.)

Sr. Redactor del Atlante.

Muy Sr. mio: ayer fue el dos de Mayo el calendario nos anunció aniversario por las víctimas de aquel día; yo le aseguro á Vd. que el recuerdo de dos hermanos inmolados por la patria en el campo del honor y la libertad nacional, me hizo acordar de los primeros cuatro versos de la oda que un imitador de Daoiz y Velarde hizo y decian.

Este es el dia que con voz tirana
Ya sois esclavos, la ambicion gritó
Y el noble pueblo, que lo oyo indignado
Muertos si, dijo. pero esclavos no.

De Vd. — Un español. Isleño.

CANARIAS.

Contaduria de Provincia.

La Intendencia de esta Provincia en orden de veinte y seis del presente mes; ha dispuesto se paguen las pensiones que han devenido en Febrero último las religiosas enclaustradas y exclaustradas en la misma, y esta oficina lo ha comunicado á sus dependencias para su cumplimiento.

Santa Cruz Abril 28 de 1838.

— José de Bereciartu.

PARA TARRAGONA Y BARCELONA.

Saldrá del 10 al 12 del corriente el Laud español nombrado S. Pedro, su Capitan D. Tomas Fábreguez admite pasajeros á los que ofrece el mejor trato y comodidad. Lo despacha D. Agustim Guime &c.

TEATRO.

Hoy jueves 3 de mayo la comedia en 2 actos nominada

EL HIJO RECONOCIDO,
Y
VIEJA ENAMORADA.

Se baylarán boleras nuevas de la Marica y terminará el saynete nuevo titulado

EL RECLUTA POR FUERZA.
A las 8.

Editor responsable P. M. RAMIREZ

Imprenta de EL ATLANTE.